

EMERSON Y THOREAU, *Querido Waldo. Correspondencia entre Ralph Waldo Emerson y Henry David Thoreau*, trad. de Alberto Chessa, RELEE, Madrid, 2018, 180 pp. ISBN: 978-84-948-7614-1.

¿Cuándo aprenderá el mundo que un millón de hombres carece de importancia
en comparación con un solo hombre?
Thoreau a Emerson,
Staten Island, 8 de junio de 1843

La noticia de la correspondencia conocida entre Emerson y Thoreau, inferior a medio centenar de cartas, ahora por primera vez traducida en español, que sin embargo no hace justicia al anterior trabajo de edición de sus obras en nuestro idioma, por lo demás de largo recorrido, ha resultado inevitablemente tan pobre y escasa como las noticias que recibimos cada día de Walden allí dondequiera que estamos. Por algo Thoreau escribió que las noticias son una “confirmación”, mientras que el gusto por lo doméstico —“horas hogareñas sin palabras”— es una de las palabras favoritas de Emerson. En cualquier caso, el hecho singular que todos han de reconocer es que “nada sucede al margen de la naturaleza” de la que cada cual participa. La correspondencia entre ambos, así como sus conferencias y ensayos en ese escrupuloso orden, podría leerse fácilmente como un extracto de sus diarios. De hecho, cualquiera que haya leído *Walden* con cierta deliberación y reserva sabrá reconocer en la correspondencia que la noticia más importante de Thoreau que Emerson ha legado a la posteridad de la manera más sintética posible es que Thoreau “vivía el día”. Pero Thoreau sugeriría en las últimas líneas de *Walden* que vivir el día, lo que significa también disponer del día y agotarlo o más bien agotarse en él, solo es posible si estamos despiertos. Por eso “no ha habido un americano más auténtico que Thoreau” y un americano puede serlo cualquiera por antonomasia o, nunca mejor dicho, por naturaleza. Al final de su elogio de Thoreau, Emerson diría sobre Thoreau las palabras más graves, y más significativas, que tal vez un ser humano puede decir sobre otro ser humano de una manera consciente y con toda solemnidad: “En su corta existencia [Thoreau] había agotado todo lo que el mundo podía ofrecerle”. Thoreau llegaría a saberlo todo, solo que en el sentido de que era capaz de reconocer que la naturaleza es “más lozana que novedosa”. Emerson había escrito el elogio después de leer el diario completo de Thoreau por primera vez, compuesto de siete

mil páginas y dos millones de palabras, seguramente tan asombrado por las maravillas de su lectura natural como por su insólita extensión. Por lo demás, el hecho no tan extraordinario como terrible, igual que la amistad trascendentalista, de que la muerte de John, hermano de Thoreau, coincidiera en el tiempo con la muerte del pequeño Waldo, hijo de Emerson, pondría de manifiesto que la amistad trascendentalista también se forja en la adversidad que, sin embargo, habita en el interior del hombre. La naturaleza no comprende la muerte. Entonces Thoreau se veía a sí mismo “desnaturalizado” a través del reflejo de las “costumbres últimas” del bosque, la mudanza de las estaciones por la que Thoreau reconocía en última instancia que la muerte es “hermosa” cuando se ve como una “ley” y no como un “accidente”. La madurez, a diferencia de la libertad, era un trabajo de lentitud. Por tanto, el fundamento de la amistad, basada para Emerson en una “confianza vital”, se confundía con su propia aspiración de tal modo que “esa suave confianza traduce mi ser”. La famosa carta de Thoreau del 23 de febrero de 1848 cuyo destinatario era, sorprendentemente, su “Querido Waldo” —en otra ocasión le exhortaría a Emerson que su carta “debe caer tan inofensivamente como las hojas que se asientan en el paisaje” y ello depende de que Emerson no deje que “se descarrile”— estaba escrita, efectivamente, con el tono familiar y solemne de la amistad cuya elevación del alma, o magnanimidad, permite la contemplación del amigo desde una profunda distancia a fin saldar una deuda del conocimiento al reconocer que lo que Thoreau había aprendido escuchando las conferencias de Emerson le colocaba en una posición de ventaja respecto a su maestro. No es casual que Thoreau escribiera su ensayo sobre la amistad durante la ausencia de Emerson en Inglaterra, considerando que Inglaterra no era para Thoreau más que una “tierra de hadas”, mientras que “no cabe ninguna duda” sobre América. Emerson encontraría en la amistad trascendentalista de Thoreau un “refrigerio” y Thoreau se alegraría en respuesta de que Emerson dedicara más tiempo a escribir porque las conferencias son de “poca importancia”. Thoreau habría sido durante su estancia en la casa de Emerson, “un obsequio tan desinteresado como el sol o el verano”, ocupado en la educación de sus hijos y el mantenimiento del jardín de Emerson, “tan libre como el aire”, auspiciado por el trato de su esposa Lidian con la que solo media una “diferencia de expresión”. Emerson recordaría en el obituario de Thoreau su “temperamento estoico” con palabras memorables que hablan de su “notable sagacidad” y “altiva independencia” lamentándose de que “no viviera lo suficiente para que todos los hombres lo hubieran conocido”. “Puso en tela de juicio todas las costumbres —escribió Emerson—, con el deseo de afincar todos sus actos en una base ideal”. Lo que posiblemente acerca el precoz Thoreau al viejo Sócrates, por decirlo así, es que actuaba “como si no se encontrara a sí mismo más que en la confrontación”. Thoreau escribiría en su diario que no hay nadie “más leal y digno de confianza” que Emerson, al que calificó una vez como “artista” o, mejor dicho, “crítico poético”, como el que está en condiciones de juzgar la

creación, más lleno que ningún otro hombre de “lo divino”. En Nueva York, donde Thoreau trabajó como preceptor del sobrino de Emerson que “me frecuentará todo lo que pueda y yo seguiré siendo yo”, Henry James le confesaría que no podía comprender el pensamiento de Emerson porque esperaba ver una “expresión de fe” por su parte, y que los trascendentalistas, incluyendo a Thoreau, son “maravillosamente consistentes”. Pero la fe, Thoreau escribió una vez a Emerson, “nunca hace confesiones”.

Antonio Fernández Díez